

---

## CAPITULO VI.

---

### RESEÑA DE LAS PRINCIPALES ESCUELAS SOCIALISTAS EN FRANCIA.

Ya lo hemos dicho: la democracia francesa ha tenido escuelas que, además de la reforma política, y sobre la reforma política, se han propuesto la reforma social. Imposible negar que una idea es una serie de ideas, y que en la idea revolucionaria se encuentra virtualmente contenido el término económico y social, indispensable á la emancipacion de los pueblos. Todos los grandes movimientos históricos han sido movimientos económicos y sociales. El imperio romano destruyó la propiedad tal como la concebía y la gozaba el patriciado; la aparicion del feudalismo se enlaza con una soberanía y una jurisdiccion territorial; la corona, para erigir su autoridad sobre todas las autoridades, crea los realengos, y se incorpora los feudos; el municipio no hubiera engendrado el estado llano, ni roto la servidumbre del terruño sin los propios; la revolucion contra la monarquía ha destruido el patrimonio real; la revolucion contra la aristocracia ha destruido las vinculaciones; la revolucion contra la iglesia ha

destruido la amortizacion. La grande evolucion social que la democracia engendra, seria incompleta si no emancipase económicamente al pueblo.

Miles de síntomas anuncian que, sin destruir la propiedad individual, necesaria á la personalidad, puede el derecho, la asociacion, el sufragio universal, llegar á la emancipacion económica del pueblo. Pues qué, ¿por la cooperacion no se emancipa el trabajo del capital? Pues qué, ¿por la cooperacion no puede llegar, no debe llegar el trabajo á convertir el salario en dividendo? Pues qué, ¿por la asociacion, que recientemente conquistada, no ha servido aun mas que para la guerra económica, no se llegará á la armonía entre todos los intereses? Yo lo espero, lo espero de la fecundidad de nuestros principios.

Mas no lo espero de utopias que, pretestando emancipar al trabajador, erigen locamente un estado fuerte, y le encargan el confundir á los hombres en lo más repug-



nante á su naturaleza, en el comunismo, ó por los conjuros del pontificado industrial, ó por las fuerzas de la gerarquía burocrática, ó por la autoridad de poderes invasores, ó por el aumento de la centralización y del presupuesto, medios todos reaccionarios que caen como pesada cadena sobre las espaldas del pueblo. Yo sé que la utopía es eterna. El género humano solo orea su rostro, solo seca sus lágrimas á la brisa de la esperanza. Hasta en la sociedad antigua, donde reinaba la desesperación y donde era frecuentísimo el suicidio, alzábanse siempre sobre todos los dolores, sobre todas las ruinas, como la forma de una ilusión eterna, esas májicas sibylas, cuyos ojos, gastados de mirar lo porvenir, entreveían en sus celajes el vuelo de ideas que pasaban por la conciencia, henchidas de consoladoras promesas. La utopía es eterna. Yo he visto que el mundo antiguo no sentía sobre sus párpados el sueño de la muerte sin que sintiera sobre su corazón al mismo tiempo el anhelo de la renovación, expresado en los inmortales versos virgilianos: yo he visto que entre las irrupciones de los bárbaros, terribles como las catástrofes geológicas, flotaba la ciudad de Dios; yo he visto que sobre la frente encorvada del siervo pasaban por el año mil con los terrores del supremo juicio, las promesas de la bienaventuranza, como esas nubes que fingien figuras fantásticas, cuando las encienden los rayos del sol en su ocaso. Yo no niego la esperanza social. Mas yo repugno que se puedan encerrar en el programa de la República todas estas esperanzas raras, contrarias unas al progreso, opuestas otras á los derechos individuales, peligrosas todas á la paz de la democracia, porque si prometemos lo imposible, lo inverosímil, lo absurdo, el día de la República, en vez de ser el día de la redención, será el día del desengaño y del desencanto. No olvidemos que los deletéreos efectos de esta cosmogonía sensual devastarán las almas de las clases trabajadoras, al punto de convertirlas á una indiferencia por la liber-

tad, por la democracia, por la República, bienes baladíes en comparación á los bienes materiales guardados en las utopías. Y cuando viene el día siniestro, el 2 de Diciembre, el tirano, puede impunemente clavar su puñal en el corazón de Francia, porque el pueblo imagina, pervertido por la utopía socialista y por la leyenda imperial, que los diputados perseguidos, acosados, presos por la soldadesca, solo defendían sus veinte francos diarios al defender la soberanía herida de la Asamblea, y la majestad hollada de la República.

Todas escuelas socialistas demuestran, á pesar de su aparente contradicción, que la idea republicana en Francia tiene grande vitalidad. Ochenta años han pasado de la primera República; seis veces se ha querido restaurar la monarquía ó aliarla, ya con la libertad por medio del sistema doctrinario, ya con la democracia por medio del régimen cesarista, y siempre se ha venido á tierra obra tan frágil. La República ha nacido de la voluntad espontánea del pueblo mientras que ha nacido la monarquía de la fuerza incontrastable del ejército. Si se exceptúa Julio de 1830, en que las muchedumbres fueron deslumbradas por Lafayette, proclamando en Luis Felipe la mejor de las Repúblicas, siempre ha venido la monarquía á Francia, ó por golpes de estado, ó por extrañas intervenciones armadas. La monarquía cesarista nació el 18 Brumario de una conjuración militar. Los cosacos llevaron colgada de las crines de los caballos del Don la corona de San Luis á las márgenes del Sena. Otra insurrección militar restauró el Cesarismo; y otra intervención armada y extranjera la monarquía legítima. Diez y ocho años habían al parecer arraigado el sistema doctrinario, cuando lo mató el ligero viento de las nuevas ideas levantado en Febrero de 1848. Napoleon cayó en Sedan porque había siempre vivido en medio de París, como los conquistadores en tierra mal sometida, receloso y acampado. Efectivamente, la pérdida de la libertad solo

condujo á la decadencia intelectual y moral de Francia, á la erección de una política bizantina, á guerras sin sentido, en las cuales se favorecía la unidad de Italia y Alemania para convertirlas en enemigas implacables con el veto puesto á la una de llegar al Tiber y el veto puesto á la otra de atravesar el Mein; lo cual era tanto como unir las y armarlas á ambas contra Francia. La demencia llegó al extremo de intentar que el cesarismo extendiera su letal sombra en América, en el continente de la libertad. Napoleon estaba destronado en la conciencia pública antes de que cayera prisionero en Sedán. El 4 de Setiembre de 1870 no fué más que la palabra reveladora de la idea que vibraba en todas las conciencias: el destronamiento de los Napoleones y la proclamación de la República.

Y á pesar de este determinado carácter de Francia, ¿cómo se han malogrado todos los esfuerzos de los republicanos! ¿Cómo han crecido pobres, entecas, nuestras repúblicas, expuestas á morir al menor viento de reacción! Yo atribuyo este resultado en su mayor parte al influjo letal de las escuelas socialistas. El socialismo engendra una doble corriente opuesta á la República. Inspira á las clases acomodadas que tienen la riqueza, y por ende el poder material y la influencia, terror á las reformas; inspira á las clases populares ilusiones sin realidad, deseos sin satisfacción, esperanzas seguidas de inmediatos desengaños. Y de aquí proviene una reacción, del terror de las clases acomodadas, reacción que no contrastan las clases populares, porque les ha quitado toda fuerza la tristeza de sus desengaños.

Y para convencerse de estas verdades no hay como estudiar el desarrollo de la idea socialista en Francia. En la primera revolución, la idea socialista comenzó á tener importancia cuando la perdió por completo la idea republicana. Reinan los últimos de los convencionales: todo se ha extinguido en aquella Asamblea; la elocuencia de los giron-

dinos, la audacia de los montañeses, la fé de los jacobinos. Las grandes eminencias han desaparecido derribadas por el hacha del verdugo; y solo queda la monótona llanura que sacrifica á todos los partidos con su frío implacable egoísmo.

Y á medida que la República se iba perdiendo, los republicanos se iban dando desfrenadamente á la utopía. Y esta tendencia tuvo su representación más genuina en la persona de Babeuf, que unía al fanatismo en las ideas, la energía en la acción. Después de haber escrito en la prensa y de haber proclamado en los clubs una serie de principios opuestos á la propiedad individual, consagróse por completo á implantar esta serie de principios en la realidad, abriendo los surcos á la semilla de sus ideas con el instrumento de las revoluciones. Los vencidos, los proscritos de las Asambleas, los jacobinos dispersos, los que no habían acertado á conservar la República, se creían con fuerzas para realizar la utopía, y se congregaban en torno del tribuno. Allí, en la plaza del Panteón, merced á las disposiciones de la Constitución del año tercero, se amontonaban en clubs, donde podía haber debates, pero donde no podía haber ni presidencia, ni mesa. Así todos los congregados hablaban á un tiempo en la mayor confusión y desorden. Mas no obstó este desorden á que redactaran un verdadero código en que negaban la propiedad y proponían una especie de reparto de las tierras entre los ciudadanos y sobre todo, entre los buenos ciudadanos, que eran los conspiradores. Los oficiales de reemplazo, las tropas licenciadas por la reacción termidoriana, los jacobinos naufragos y dispersos; todos los elementos de perturbación que encerraba aun París, una especie de ejército que ascendía á más de diez y siete mil hombres, se juramentaron para intentar radical revolución y sustituir los códigos políticos, ya anticuados con el Código de la Naturaleza. Estaban convenidos los estatutos, trazados los programas, apercibida la gente, arreglada



la insurreccion, preparados los que habian de sonar la trompeta sobre aquel día último de la sociedad, y los jefes señalados á las huestes organizadas, cuando el general Bonaparte disolvió el Club, y el Directorio mandó á Babeuf á la cárcel, y de la cárcel á la guillotina, donde murió como se moria en la revolucion francesa, con verdadero heroismo. Pero indudablemente ¡qué de fuerzas perdidas para la conservacion de la República! ¡Cuánto pábulo dado á la reaccion; y cuántas esperanzas á las restauraciones monárquicas! Acaso uno de los actos que más contribuyeron á la dictadura de Bonaparte fué el haber disuelto el club del Panteon y el haber sosegado las alarmas de los propietarios. El demagogo habia extremado las ideas de sus maestros. Mientras en el Código de la Naturaleza se reservaba solamente el presidio á los partidarios de la propiedad; en los planes de Babeuf se les reservaba la guillotina.

¡Error de los errores! Si el hombre crea, el hombre tiene derecho á conservar su creacion, á gozarla, á disponer de ella, no solamente para su sér individual, sino para la prolongacion de su sér en el tiempo y en el espacio, que es su posteridad. La propiedad y el trabajo forman el místico matrimonio de cuyo amor han brotado todos los bienes terrestres. Destruid la propiedad, y el trabajo no tendrá ni objeto, ni incentivo, ni premio. Destruid el trabajo, y la propiedad quedará estéril como el desierto. Unidlos y brotarán por todas partes bienes abundantes. Las escuelas socialistas quieren que los trabajadores suden para los que no trabajan; y los sóbrios se afanen para los glotones; y los económicos ahorren para los pródigos. No miran la parte que tiene el libre arbitrio en la pobreza, porque eliminan el principio moral por excelencia, el principio de responsabilidad. Cuántos han caído en la miseria por haber dispendiado grandes bienes en vergonzosos vicios. Cuántos han permanecido en la miseria, por no haber tenido ni la virtud del

trabajo, ni la prevision del ahorro. Aun para los pobres por desgracia, aun para aquellos que son infelices por fatalidades naturales ó sociales, el comunismo es un remedio insuficiente, un remedio que en todas partes ha agravado el mal quitando dos virtudes: en los que tienen, la virtud de la caridad, y en los que nada tienen, la virtud del agradecimiento. Es verdad que se suprime esta terrible batalla de la concurrencia vital en que todos pugnan, en que todos derraman á torrentes sudor y á veces sangre, en que hay crímenes tan horribles como los crímenes de la guerra, en que el egoismo y la ambicion pasan sobre la debilidad y la pobreza con la misma serenidad olímpica con que un general pasa sobre montones de cadáveres; pero tambien es cierto que se sustituye á esta guerra por la vida el silencio de la muerte, la paz de los sepuleros, la igualdad con que los huesos se unen á los huesos y las cenizas á las cenizas en los cementerios. Donde ha reinado el comunismo, ha reinado la igualdad de la muerte. Así el asilo del comunismo es el desierto, ó las catacumbas. En cuanto ha entrado en la sociedad, se ha roto bajo la ley social más imperiosa, bajo la ley de la libre concurrencia.

Los tiempos que siguieron al terror y que precedieron á las escuelas socialistas, eran tiempos de efusion y de placer. La seguridad de vivir trastornaba los cerebros y encendia los corazones. Imaginaban los salidos de las cárceles, los resucitados de las tumbas, los redimidos de las amenazas extendidas sobre todos por la guillotina, que no vivian si no abusaban de la vida. Así, la sociedad tomaba una tendencia eminentemente sensualista. Y á esta tendencia eminentemente sensualista correspondia el nacimiento, el desarrollo de las escuelas sociales consagradas á la rehabilitacion del placer. Los tres grandes socialistas fueron prisioneros del terror: Babeuf, San Simon, Fourier. El primero, siempre de carácter apacible, aunque de ideas exageradas, y cuyas violencias antes deben imputarse al

exceso de males de su tiempo que al impulso de su propia conciencia murió por su doctrina. El segundo es uno de los caracteres más originales y de los pensadores más extraños que guardan los anales de la historia. En bien corta edad habia dado una muestra de su energía, porque educado en las ideas del siglo, se negó á recibir la primera comunión. Su padre, que era noble, grande de España y que se creia descendiente de Carlo Magno, encerró al muchacho rebelde en pública prision, en la cárcel de San Lázaro. Despues, á los veintidos años, aparece en el Nuevo Mundo, cruzado de aquella legion de caballeros, que iban á pelear por la causa de la democracia en América con el mismo ardor con que habian peleado sus predecesores por el sepulcro de Cristo en Asia. Vuelto de América, vino á España, donde se conservaban vivas las tradiciones de los servicios prestados por el más ilustre de sus antecesores, por el Conde de San Simon á la familia de los Borbones; y en España se consagró á estudiar en las orillas de nuestro seco Manzanares, problemas de canalizacion y de riego. En esto, sobrevino la revolucion, y aquel volcan de ideas necesariamente habia de atraer á sí un alma soñadora y un carácter arriesgado y aventurero. Aunque noble, latía su grande corazón por el pueblo, y en aras del pueblo sacrificó sus preeminencias sociales y sus heredadas prerogativas. Dudando de la fidelidad con que la aristocracia se adhiriera al nuevo régimen, propuso que no pudiese tener cargo alguno político, y habiendo sido él mismo designado para Alcalde, renunció por razon de su categoría y de su sangre. Presagiaba entonces que los descendientes de los Montmorencys no habian de vivir mucho tiempo en paz con los descendientes de sus esclavos y de sus siervos: que las diversas prosapias y los contrarios intereses romperian necesariamente en abierta y sangrienta guerra.

A pesar de sus ideas avanzadas, no se eximió de las persecuciones del terror. Y cuenta

que ninguna parte directa ni indirecta tomara en las terribles luchas de jacobinos y girondinos. A su audaz pensamiento, á su inteligencia llena de aspiraciones más vagas, pero más humanitarias; á su corazón por el amor al pueblo henchido, á su carácter innovador pero místico, no cuadraban aquellas diferencias entre federalistas y centralistas, en cuyo seno hervia más un pensamiento de la antigua civilizacion pagana que un pensamiento digno del ideal señalado por la civilizacion al siglo, ideal, que debia renovar á Dios en el cielo y en la conciencia, al hombre en la sociedad y en la tierra. Prendieron á San Simon por sospechoso, y las sospechas se originaron de sus relaciones con un astuto diplomático prusiano, tachado universalmente de conspirador y reaccionario.

Nunca tuviera tal amigo. Juntaron sus fortunas para especulaciones, empresas, comercio; y el conde alemán se quedó muy bonitamente con la parte del conde francés. Este buscaba en el trabajo gloria; aquel, dinero. El buscador de la gloria despreció la materia. El buscador del dinero creyó que su consocio estaba suficientemente premiado con la satisfaccion de su conciencia y la cosecha de venidera gloria. Salido San Simon de la cárcel, se refugió en Ginebra, y pensó en casarse. Inquieto ya porque le atormentaba la idea de la renovacion religiosa, proemio necesario para la renovacion social, trató de ofrecer su mano á Madame Stael, á la sazón tambien refugiada en Ginebra, con el fin de que cooperára, por el brillo de su estilo y el renombre de su pluma, á la divulgacion de las ideas sansimonianas. Pero al poco tiempo se casó con una jóven que dispendió su fortuna y con la cual solo pudo vivir á duras penas un año. Este casamiento consumió su ruina. Lo heredado y lo adquirido, todo desapareció en manos de su mujer y de su socio. París iba á ser de nuevo su habitacion, porque allí creyó más fácil ganar su subsistencia y ocultar su miseria. Mas todo cuanto